

Reseña / Review

Mabel Moraña. *El monstruo como máquina de guerra*. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2017.

El monstruo como dispositivo cultural múltiple y complejo

Marcel Velázquez Castro

Ana Lucía Salazar

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Este libro reúne un conjunto de investigaciones teórico-críticas sobre un problema novedoso de la crítica cultural, pero que, simultáneamente, posee una resonancia histórica de varios siglos. La monstruosidad con sus implicancias y efectos constituye un dispositivo clave en la representación de lo político, lo artístico y lo científico. El monstruo se encuentra en la encrucijada de lo biopolítico y lo tecnológico, e involucra múltiples problemas culturales. Además, su proyección constitutiva en los regímenes de verdad estatales y en construcción de alteridades no son problemas recientes, pero han adquirido una intensa actualidad en tiempos contemporáneos.

El monstruo como máquina de guerra de Mabel Moraña es un ambicioso ensayo de carácter interdisciplinario e intercultural; un estudio de las representaciones paradigmáticas de la monstruosidad en distintos contextos históricos y culturales. Con miras a formular una “poética del monstruo”, la

investigadora no solo traza un recorrido por las apariciones del monstruo—en tanto representación o reflexión—en múltiples registros culturales, discursividades y posicionamientos respecto al centro y la periferia; sino también problematiza el procedimiento de *monstrificación* como intercambio social simbólico entre un subalterno y un Otro dominador (13).

La intención de Moraña al cartografiar las presencias monstruosas a lo largo de la historia dista mucho de ser homogeneizante; el análisis comparativo de tales representaciones, en función a sendas referencias a proyectos intelectuales pertenecientes a otras áreas (filosofía, política, estética, etc.), nos conduce a una visión polivalente del monstruo, un ser cuya totalidad por sus límites difusos es inasible plenamente. Su objetivo no es pensar a los monstruos como un catálogo, como fin en sí mismo, sino pensar *al monstruo* como dispositivo cultural múltiple y complejo.

La profunda y aguda tarea interpretativa desplegada en pos de pensar al monstruo confirma la relevancia del trabajo intelectual de Moraña, una de las voces centrales del pensamiento crítico contemporáneo. Ella demuestra simultáneamente el potencial semántico y simbólico del monstruo, pues cataliza la reflexión sobre los límites del ser humano. En la introducción al libro, se plantea la necesidad de recopilar múltiples líneas de pensamiento que parten del monstruo para inscribirse en la sociedad contemporánea: “Estudiar al monstruo supuso capturar sus vínculos con la soberanía, el Estado, la ciudadanía, la nación, la modernidad, las emociones, la filosofía, el mercado, el género, el sujeto popular, la espectacularización de lo cotidiano y la muerte” (15).

El primer capítulo, a modo de “prefacio teratológico” (21), nos introduce en la problemática condición de lo monstruoso, naturaleza inestable en su constitución y desestabilizadora en su medio social. El monstruo, como dispositivo epistémico, tiene como propósito perturbar la condición necesaria y uniforme de los discursos dominantes, sobre todo las narrativas construidas en torno a la noción de progreso. Moraña articula este planteamiento con la noción de “máquina de guerra” de acuerdo a Gilles Deleuze y Félix Guattari (1980), la cual hace las veces de eje teórico que orienta las lecturas interdisciplinarias que conforman al libro: proyectada en el monstruo, la máquina de guerra “apunta más allá del discurso del poder y el terror: más bien busca escapar de la violencia del aparato de Estado, de su orden de representación, aunque a veces ejerce ella misma la violencia como parte de su función de resistencia y reformulación del poder” (19). El aparato institucional del que escapa incluye tanto los paradigmas de raza, género y clase, así como el lenguaje y sus manifestaciones político-

ideológicas; no obstante, al estar organizados en centros y periferias móviles, la desestabilización del saber/poder desencadenada por el monstruo no será siempre la misma, “El monstruo es siempre una (id)entidad nueva, pero a la vez constante: incansable renovación de la voz del Otro” (25).

Tras una somera exposición de lo que Moraña denomina “proyecto de monstrificación universal”, con origen en la mitología clásica y consolidación en la apertura transoceánica de Occidente ante el Nuevo Mundo, los siguientes capítulos profundizan en el impacto de los estereotipos de la monstruosidad en el tránsito hacia los imaginarios de la modernidad. El segundo capítulo (“El monstruo en la historia”), traza el devenir de la monstruosidad a partir de las representaciones producto de la colonización americana y africana en el siglo XVI. La autora encabeza el recorrido indicando que, si bien la figura del monstruo se nos muestra como representación de lo anómalo e inaprehensible para el ser humano, esta solo puede ser definida “a partir de lo que ya forma parte de la experiencia cultural. Lo único novedoso en el monstruo es, en realidad, el tipo de síntesis que ofrece, así como el grado y modo en el que ejerce sus efectos sobre lo real” (53). Mientras que el monstruo medieval se basa en la desproporción estética y la alteración del orden natural, concentrando lo monstruoso en la criatura de bestiario asociada a lo demoníaco, con la progresiva llegada del pensamiento ilustrado y su vocación por la reflexión y la abstracción, el monstruo se convierte en metáfora pertinente al desarrollo del pensamiento filosófico, ético y político, entre otras cuestiones inherentes a la conciencia de sociedad. Esta primera evolución puede leerse como el paso de lo corpóreo particular del Medioevo a lo alegórico universal de la Ilustración. Tras cruzar el umbral de la modernidad decimonónica, el monstruo pasa a ser visto bajo el lente cientificista como un prodigio anómalo; por lo tanto, objeto de estudio y exhibición. Como resultado de esta espectacularización de lo monstruoso—gracias a medios como los *freak-shows* y la narrativa de folletín—ven la luz personajes de la pluma de Shelley, Poe, Stoker y Louis Stevenson, cuya influencia acompañará a los monstruos de postguerra estudiados en los siguientes capítulos.

El primer asedio al imaginario de la modernidad lo encontramos en el tercer capítulo (“Los monstruos y la crítica del capitalismo”), en el cual se examina el repertorio metafórico del pensamiento marxista que apela a lo monstruoso para canalizar conceptos como la explotación del proletariado o la enajenación. Lo monstruoso como performance liminal se manifiesta en vampiros, *cyborgs* y zombis mediante atributos equiparables a los de las masas proletarias en el escalafón más bajo del sistema: el vampiro como metáfora del parasitismo y

continua regeneración del sistema opresor; el *cyborg* como reflejo de la progresiva maquinización y despersonalización del ser oprimido; el zombi como estado intermedio entre la vida y la muerte, reducido al mero agrupamiento irracional y carente de toda capacidad de socialización. El cuarto capítulo nos regresa a las vías de la interdisciplinariedad (“Los monstruos y la filosofía”), para abordar la relación entre monstruosidad y subjetividad humana. Al verse enfrentado ante la cuestión de la identidad y existencia del ser, el hombre opone al inconsciente a sus parámetros de “normalidad”, generando una dupla dicotómica representada en la lucha entre monstruosidad y heroicidad (“funcionan, en efecto, como cara y contracara de un mismo fenómeno: el enfrentamiento de comunidad y catástrofe. Monstruo y héroe, unidos por la excepcionalidad, guardan entre sí una relación necesaria” (185)). El yo pasa a ser definido ya no por aquello que se le opone aun perteneciendo al mismo sistema, su *otro*; sino por aquella otredad *radical* que excede el orden normativo, diferencia fetichizada e irreductible en la forma del monstruo (189-190). Lo monstruoso se consolida así como “el afuera constitutivo’ del principio vital, el componente tanático, la alteridad que delimita las fronteras del yo” (189).

Una segunda relación de alcance más colectivo es explorada en el capítulo siguiente (“Monstruosidad y biopolítica”): el vínculo entre monstruosidad y poder. Si el monstruo como dispositivo de enlace nos obliga a pensar el punto de definición de lo humano, por inducción pasará a ser un momento crítico en lo relativo al pensamiento político y la organización del Estado. El sexto capítulo (“Monstruosidad, representación y mercado”), retoma la línea de la espectacularización abordada en el segundo capítulo, explorando las manifestaciones de postguerra en el despliegue contracultural de la cultura de masas. Finalmente, el séptimo capítulo (“Monstruos al margen”) reúne la discusión previa en torno al monstruo como dispositivo biopolítico y el análisis de los recursos expresivos de la subjetividad popular en América Latina. Las superposiciones étnicas y culturales que dan forma a nuestro continente hacen patente el valor biopolítico de lo monstruoso al conectar la antinomia centro-periferia a la de lo normal-anómalo en sociedades postcoloniales; la monstrificación de estos espacios residuales constituye una suerte de válvula de escape de aquellos encuentros culturales tensionales desde hace cinco siglos. El concepto de lo monstruoso que toma forma por entonces está ligado esencialmente a “la idea del mestizaje como hibridación que desnaturaliza los tipos étnico-raciales originarios y produce modelos desviados de la normalidad dominante, concebida como representación de una humanidad pura” (295).

Chupacabras, jarjachas, pishtacos, sacaojos se vuelven manifestación simbólica de una violencia tangible. Su intervención no implica una resolución última de la diferencia, sino evidencia la insuficiencia de los proyectos homogeneizantes, lo cual Moraña asocia con la categoría cornejiana de la heterogeneidad no-dialéctica.

Finalmente, plantearemos dos incisiones a este libro: a) la correlación entre el nacimiento político de las repúblicas americanas y un discurso ilustrado fascinado por lo desviado y lo anormal merece nuevos enfoques. Existen varios ejemplos en las revistas ilustradas americanas de la descripción de cuerpos monstruosos, recién nacidos; por ejemplo, en el *Mercurio Peruano* de 1791 se alude a un ser sin cerebro y con dos sexos, este es producto de una esclava negra que—según los ilustrados médicos—posee el poder de fecundar alternativamente hombres y monstruos. Lo nuevo no es el nacimiento de monstruos, fenómeno constatado en todas las épocas, sino la voluntad de saber y constituirlos en objetos de conocimiento, ¿cómo influyó esta voluntad de conocimiento sobre los monstruos en la transformación del lenguaje político que legitimó la independencia? Todavía no podemos contestar, pues falta explorar mucho la relación entre los nacimientos de monstruos y la nación republicana—artefacto político monstruoso para el Antiguo Régimen—en las sociedades latinoamericanas; b) la figura del judío, como un monstruo que condensa la alteridad extrema, pero también expresa obscenamente los valores de la modernidad capitalista (sexo y dinero), es una figura con una potencia ambivalente, insuficientemente trabajada. En las sociedades latinoamericanas, la novelística del siglo XIX ofrece un archivo que recién comienza a estudiarse. El judío opera como un significante vacío que puede ser ocupado con las formas extremas de la alteridad: extranjero, caníbal, loco. En el cuerpo social cohesionado por valores cristianos, los judíos aparecen como intrusos, seres poderosos, pero sin función socialmente reproductiva. Ellos actúan como figuras del mal que fascinan y espantan, pero sus cuerpos deben ser derrotados, descifrados mediante preguntas y, a veces, torturados. Un ejemplo siniestro aparece en la novela *El hombre de las ruinas...* (1869) del ecuatoriano Francisco Xavier Salazar; en ella se describe un acto asociado al canibalismo de un personaje judío. ¿Cuál es el papel de la figura del judío en la constitución de la modernidad latinoamericana dado que el judío articula diversos tiempos, confronta ideas tradicionales y anticipa el futuro capitalista?

En consecuencia, la lectura de este interesante y valioso libro abre nuevos espacios culturales para la crítica y suscita diversas preguntas. Explorar al monstruo es explorarnos, pues cabe un humanismo soterrado en los discursos,

imágenes y narraciones que incluyen al monstruo en el centro de sus tramas, una forma encriptada de aludir y proteger en estos espejos deformes de la naturaleza humana lo que queda de ella.